



por un progreso continuo, se eleva hasta adquirir poco á poco la independencia, las doctrinas, el poder, haciendo mudar de aspecto á la sociedad, de naturaleza al gobierno, y llegando á ser la nacion. Nosotros, que somos pueblo, hemos peleado y aun peleamos contra los castillos feudales, por lo cual los miramos con irritado enojo; pero nos agrada considerar aquellas batallas precisamente porque no se trata de la historia de los reyes, sino de la del pueblo, esto es, de la nuestra. El tercer estado, de que los antiguos no tenian idea, se formó en las municipalidades de los vencidos, que crecian al lado de la baronia de los vencedores, y que en Italia se elevaban á la categoría de repúblicas, en Francia consolidaban el poder real, lo equilibraban en Inglaterra, y en todas partes iniciaban la civilizacion moderna.

Si dirigimos nuestra atencion tan sólo á los dominadores, no los encontraremos árbitros de las naciones subyugadas, como lo fueron los conquistadores de Asia ó los romanos; un continuo antagonismo los retenia, el cual reinó primero entre las familias de los vencedores, despues entre éstas y los vencidos, en seguida entre municipio y municipio, y en mayor escala entre el poder temporal y el eclesiástico; procurando aquél asegurar el triunfo de la espada, y éste someterla al imperio pacifico de la doctrina y de la persuasion, y reemplazar con los derechos del mérito los del nacimiento ó de la violencia, sirviéndose uno á otro de barrera para no entregarse á los excesos á que impeña el carácter absoluto de la edad media (1).

(1) La incontestable superioridad social de la edad media con respecto á los tiempos antiguos, como dice el señor Augusto Comte (tomo V, 409), está demostrada largamente en el *Cours de philosophie positive* de este autor, el cual, partiendo de puntos opuestísimos á los nuestros, y dirigiéndose á obtener consecuencias totalmente diversas, forma de la edad media un juicio idéntico al emitido por mí, y que él ciertamente no conocia cuando en 1841, en el tomo V, página 676, escribia: «C'est à l'influence universelle de cette aberration fondamentale (la reprobacion política del poder espiritual, distinto é independiente del temporal) qu'il faut rapporter la principale origine historique de cet irrationnel dédain qui s'est alors manifesté pour le moyen-âge sous l'inspiration directe du protestantisme, et qui s'est ensuite propagé

De esta manera se verificó la mayor revolucion del entendimiento humano, que dió á los modernos poesia, artes y libertad. Pero es excesiva pretension la de que entónces se formase la idea de nacionalidad, que es la más difícil de concebir, y la última que se difunde entre el pueblo; porque el entendimiento tiene muchos pasos que dar ántes de vencer tantas preocupaciones, de allanar tantas desigualdades, de reducir las familias y las ciudades á olvidar su independencia nativa, á los fuertes á no ejercer su poder, y á los hábiles su habilidad, sino en cuanto lo requiera el bien público; á los nobles á no acordarse de su estirpe mejor y de su antigua autoridad; en una palabra, á conocer y practicar la justicia y la igualdad social.

Por tanto, las repúblicas, fluctuantes aún entre un pasado de odios, de contiendas, de guerra, y un porvenir de orden, de quietud, de amor; sin haber practicado los sistemas fundados en el concurso de los intereses y los

partout avec une énergie toujours croissante, par une suite commune de la même situation fondamentale, jusqu'à la fin du siècle dernier. Car, c'est surtout en haine de la constitution catholique que cette grande époque sociale a été si injustement flétrie, avec une déplorable unanimité, non seulement chez les Protestants, mais aussi chez les Catholiques eux-mêmes et où l'indépendance politique du pouvoir spirituel n'était guère moins décriée. Telle est la première source de cette aveugle admiration pour le régime polythéique de l'antiquité, qui a exercé une si déplorable influence sociale pendant tout le cours de la période révolutionnaire, en inspirant une exaltation absolue en faveur d'un système social correspondant à une civilisation radicale distincte de la nôtre, et que le catholicisme avait justement appréciée, au temps de sa splendeur, comme essentiellement inférieure. Le protestantisme a d'ailleurs spécialement contribué à cette dangereuse déviation des esprits, par son irrationnelle predilection exclusive pour la primitive église, et surtout par son enthousiasme spontané, encore moins judicieux et plus nuisible pour la théocratie hébraïque. C'est ainsi qu'a été presqu'effacée, pendant la majeure partie des trois derniers siècles, ou du moins profondément altérée, la notion fondamentale du progrès social, que le catholicisme avait d'abord nécessairement ébranchée. La théorie métaphysique de l'état de nature est renue ensuite imprimer une sorte de sanction dogmatique à cette aberration rétrograde, en représentant tout l'ordre social comme une dégénération croissante de cette chimérique situation, etc.



poderes; ansiosas de paz, de justicia, de franquicias, pero ignorando los medios de alcanzarlas; gozando de una libertad desprovista de garantías, en que el pueblo, con el deseo de intervenir personalmente en los negocios, llevaba á las asambleas la avaricia, la ambicion y todas las pasiones del hombre privado, y en que se experimentaban, unas tras otras, las constituciones; las repúblicas, repito, se agitaban entre partidos, envidias, soberbia y delitos interiores, y asesinatos exteriores de hermanos, con los cuales no acertaban á celebrar un pacto de socorros, de tranquilidad, de mutuas ventajas. Por último, triunfaron los astutos y los fuertes; la libertad privilegiada de los municipios sucumbió; el despotismo se hizo necesario para nivelar las renacientes desigualdades, los nuevos reinos se constituyeron, y espiró la edad media.

Espiró; pero sin las emigraciones germánicas Roma hubiera ocupado el mundo entero, anulando las franquicias y el genio de cada país; tendríamos un inmenso imperio al estilo asiático, en lugar de tantas naciones que dan vida y movimiento á la Europa; mortal uniformidad, en vez de esta variedad activa y fecunda, que constituye el mérito de las edades modernas y á la que debe la Europa el ser superior á las demas partes del mundo en bienestar, inteligencia y perfeccion.

Espiró la edad media; pero encontró á la Europa dividida en hombres libres y esclavos, y la dejó dividida en ricos y pobres; reemplazó el trabajo forzado con el voluntario, las corporaciones y los desconsoladores favores legales con la asociacion y la competencia; el privilegio, esto es, la injusticia, con la igualdad humana; desembarazó las propiedades de las trabas de casta y de tribu, de las sustituciones y de las demas antiguas cadenas; subrogó en lugar de la excesiva humillacion de los esclavos para con sus amos, de los clientes para con sus patronos y de los patricios respecto del emperador, una política facil y cortés, que se inclina, pero con la condicion de que se la realce, un obsequio que sabe ser altivo, una libertad que sin peligro ni baja se presta á mil servicios; sentimientos procedentes todos de la independencia

noble y afable del baron, mientras que los antiguos no conocian otra más que la de la ciudad y el Estado.

Hay algunos que se complacen en pintar á la edad media como una época de opresion exagerada; y no obstante, en ella tuvieron origen las constituciones políticas, fundamento y gloria de las naciones modernas (1). Sin hablar del derecho canónico, que considerado como derecho especial, fué un inmenso progreso de dulzura y equidad, y en el que se opusieron por la primera vez la discusion á la arrogancia de la espada, la palabra escrita al capricho de los barones, y se proclamó la igualdad de todos ante la ley: ¿qué grandes legisladores no fueron Carlo-Magno, Alfredo de Inglaterra, San Estéban de Hungría, San Luis de Francia y algunos emperadores alemanes! (2). Entónces la Inglaterra escribió su *Carta*, modelo imperfecto, pero que no ha sido aventajada ni aún igualada por ninguna otra (3), y que si bien fundada toda en el feudalismo, garantizaba la libertad personal y la real; entónces las repúblicas comerciales de Italia y de Provenza redactaron el código marítimo, aún vigente; entónces los varios municipios se proveyeron de estatutos, que sólo parecen extraños á los que no aciertan á trasladarse á aquellos tiempos y lugares, y como los ingleses, á creer que no es absurda ninguna doctrina si está en las costumbres nacionales, ántes bien que por esto sólo debe ser tenida como obligatoria: entónces las repúblicas de Alemania, Suiza é Italia ensayaron todas las formas de organizacion política, y crearon constituciones que

(1) Pueden consultarse en lo relativo al derecho.

Canciani, *Barbarorum leges*; Savigni, *Gesch. der Römischen Rechts in Mittelalter*; Toulotte y Riva, *Hist. de la barbarie et des lois au moyen âge*. París, 1829; es obra ligera y sin objeto; Laboulaye, *Hist. du droit de propriété fonciere en Occident*, 1839.

Y gran número de obras recientes, en su mayor parte alemanas.

(2) Y más que todos, los concilios que ordenaron el Fuero Juzgo en tiempo de los últimos reyes godos.

(3) Lo ha sido por los fueros de Aragon, constitucion anterior á la carta de Inglaterra y mucho más perfecta. (N. del T.)





nada tenían de académicas, no pensando jamás en adoptar una porque hubiese estado en uso en Inglaterra ó en España (1); todo allí era oportuno, particular, histórico, y por lo mismo llevaba el sello de una variedad originalísima. Entonces el estado llano, dando la mayor prueba de fuerza, que es la de engrandecerse resistiendo, penetró en la monarquía, dándole gloria, vida, vigor; y aunque nadie comprendía su importancia presente ni futura, se desarrolló como clase intermedia, hasta que dilatándose más aún, formó el pueblo, la nación, el soberano. En el congreso de Póntida, en la paz de Constanza, en las nocturnas reuniones bajo la encina de Truns, en la pradera de Rütli, hombres sencillos, en nombre del Dios criador del noble y del plebeyo, juraron mantener sus costumbres y las franquicias de su patria: en los concilios la religión se hizo tutora de los derechos del hombre, y el pueblo supo darse á conocer en los *witenagemote* de Bretaña, en los campos de Mayo franceses, en las dietas de Roncalia, en las córtes de los españoles, ó en las de Lamego, donde una nación nueva dictó el estatuto de Portugal, más liberal que muchos modernos, rodeando al trono de una nobleza, no procedente de las conquistas ni fundada en la propiedad ó comprada con el oro, sino conferida á aquellos que se habían mostrado leales á la religión, á la patria, y valientes en las guerras que redimieron el suelo natal de la dominación extranjera. Y los Estados confirmaron aquellas leyes, porque eran buenas y justas, condiciones de legalidad desconocidas á los antiguos juristas y que muchos modernos han olvidado. Nosotros discutimos; ellos obraban.

Y todo esto acontecía en la época de la barbarie. Existía, en efecto, barbarie; pero el carácter de aquellos tiempos era más bien el contraste entre la brutalidad de las acciones y la pureza de las máximas proclamadas por la Iglesia, por la caballería, por los poetas. Al

(1) El autor hace alusión aquí á la Sicilia y á Nápoles, que á principios de este siglo adoptaron la primera, una constitución á la manera inglesa, y la segunda la española de 1812.

(N. del T.)

paso que entre los antiguos no hubo una voz autorizada que se levantase para reprender su ferocidad á Aquiles, ni su crueldad imbecil á Calígula, en los tiempos en que tratamos, las nociones morales aparecieron brillantes y puras en medio de la licencia y de la grosería. Un juicio recto condenaba las acciones detestables á que la pasión daba cima; cosa muy notable para los que recuerdan que un buen principio puede ser tan fecunda semilla como uno perverso. La opresión de los bárbaros, la resistencia incesante, la expiación religiosa, son tres hechos que dominaban en las costumbres y en la historia de aquella época; y según que se dirija la atención á uno ú otro, se ven los extremos de la barbarie, del heroísmo, de la santidad; pero como se sirven mutuamente de contrapeso, no daban el espectáculo de aquellas atrocidades sistemáticas que tanto nos han indignado en la antigüedad; de modo que un autor, sin embargo de titularse filósofo, aseguró que «medio siglo de paganismo presenta sin comparación excesos más enormes que los que se encuentran en toda la monarquía cristiana, desde que el cristianismo impera en la tierra» (1).

En efecto, ni aún entre los gibelinos más desapiadados, se hallará un Domiciano ó un Caracalla; ninguna fiera matanza como la que ordenó el clemente César en Amiens, ó en Jerusalen Tito, delicia del género humano; ni una devastación calculada, como las que destruyeron á Tarento y á Cartago, y aniquilaron las bellas artes y la civilización de un país, cual aconteció en Corinto y en Ródas: no se encontrará nada semejante á la noche de San Bartolomé, ó á la muda desolación de la guerra de los Treinta años (2): las proscripciones llevadas á cabo en los más florecientes años de Roma, no tienen nada que se les parezca en la edad media, como tampoco los procesos de hechicería multiplicados en el siglo de Leon X.

(1) Feller, *Catecismo filosófico*, t. III, c. 6, § 1.

(2) Waldstein y Gustavo Adolfo permanecieron á la vista uno de otro delante de Nuremberg por espacio de setenta y dos días, sin venir á las manos: en este intervalo de tiempo perecieron de hambre y de enfermedades diez mil nurembergeses, veinte mil suevos y más de treinta mil imperiales. La edad media no ha usado nunca de tan fría crueldad.



y de Galileo; la misma inquisición no puede compararse á las persecuciones ejercidas con formas legales durante tres siglos por los emperadores contra los Cristianos, ni á las que introdujo posteriormente en España una política recelosa.

Si nos disgustan las violencias de los dominadores y el feroz libertinaje de los príncipes, podremos fijarnos y nos fijáremos en otra sociedad que contemporáneamente buscaba, no las conquistas de la fuerza, sino las de las ideas, que se ponía de parte del oprimido para sostenerle, para consolarle, mientras que tronaba contra el poderoso amenazándole en nombre del que pesa en su balanza las justicias humanas. Los señores derramaban torrentes de sangre á fin de arrebatarse algunos palmos de tierra, que debía cubrirlos á todos al día siguiente; y aquella sociedad, elevando sus miradas á la verdadera patria, difundía el amor al bien, al saber, á la piedad; enseñaba á orar, abría albergues para los tristes, asilos para los perseguidos, escuelas para los ignorantes; en medio de las guerras comunes intimaba la tregua y dirigía los tratados de paz; reemplazaba á los guerreros con monjes; oponía á la soledad del señor la asociación de los artesanos; á sus apetitos sensuales la castidad de los monasterios; al orgullo individual, atrincherado en las fortalezas, la humildad y el sacrificio para destruir la fuerza por medio no de la espada, sino de la voluntad, doblegar la soberbia no á la venganza sino á la caridad, y hacer sentir al siglo el poder de la abnegación; y convertía en sagrado y bendito el valor, ejercido ántes en luchas fratricidas, dirigiéndolo á rechazar la media luna de las cúpulas de Constantinopla y de las playas de Sicilia, Mallorca y España.

Caracterizaba á aquella sociedad religiosa el tomar á su cargo los empleos de la sociedad civil, y hacer por instituto lo que mucho después se introdujo á consecuencia de un decreto. Si faltaba quien tuviese despejados y seguros los caminos, ella ponía cruces y tabernáculos para su salvaguardia; si faltaban posadas, abría hospicios y ermitas; si no había asilos para la indigencia, distribuía la sopa á la

puerta de los conventos; suplía la iluminación nocturna con las lámparas encendidas delante de las imágenes piadosas; el registro de la población con las partidas de bautismo, de casamiento y de defunción; los mercados no estaban seguros sino en el sagrado de las iglesias y el día de la fiesta del patrono; los restos del saber se conservaron en los conventos, donde el futuro sabio halló las únicas escuelas y el aldeano modelos de la mejor agricultura; no existían correos, pero los frailes y misioneros ponían en comunicación á Roma con la Islandia y el Catay; por último, se establecían congregaciones para recoger á los niños expósitos, cuidar de los enfermos y redimir á los cautivos.

Aquí es donde buscarémos nosotros la moralidad; por eso la fundación de un convento, la institución de una orden, el viaje de un misionero, nos detendrán tanto y más que los ruidosos desafueros de los reyes, ó los cambios de dinastías (1); por eso el pueblo, que acude siempre adonde cree encontrar justicia, simpatía y consuelos, amaba aquellas repúblicas religiosas, en las que podían entrar los cristianos de todos los países y condiciones, librándose de las bárbaras leyes bajo cuyo imperio les había tocado la suerte de nacer, para someterse á otras voluntariamente elegidas, á magistrados nombrados por el voto comun, pudiendo cualquiera ascender desde el puesto de lego al pontificado. Lo repetiremos mil veces: respetamos el voto, el amor y la aversión del pueblo; y con los sentimientos de éste y la balanza de la razón, examinaremos aquellos siglos, heroicos para todas las naciones europeas, en los cuales la liberalidad, el valor, la nobleza, la piedad de algunos individuos procura-

(1) Voltaire dice que los monjes, frailes y órdenes religiosos no deben ocupar un lugar en la historia, por la misma razón que los antiguos no se detuvieron á hablarnos de los sacerdotes de Cibéles ó de Jumo. Los traductores franceses de la *Historia universal de los literatos ingleses* le conceden que los templarios, los caballeros de la orden teutónica, de la de Mata, Calatrava, etc., *ne doivent sans doute pas faire partie de l'histoire*; pero quisieran que se exceptuase á los jesuitas y á los benedictinos, tan importantes en la sociedad; y le hacen la reflexión de que nuestras órdenes monásticas no se parecen á las antiguas. Esto se llama tener juicio sano á medias.





ban remediar la falta de la justicia pública, el honor mitigaba la tiranía, y las costumbres suplían á las leyes.

Es tal la sinrazon de los que consideran aquella época como un desierto inaccesible entre la civilizacion antigua y el renacimiento moderno, que difícilmente se la podría probar que haya dejado extinguirse una sola chispa importante de la doctrina y ciencia de los antiguos. Pero, como suele creerse que civilizado es sinónimo de instruido, y hay muchas personas que sólo atienden á las letras (elemento poderoso ciertamente pero no único de la civilizacion, la cual consiste en el talento, en la actividad, en el ejercicio de todas las facultades, de todas las fuerzas del alma), la literatura, más quizá que ninguna otra cosa, ha maleado los juicios acerca de la edad media. La de los antiguos era admirable principalmente por la delicadeza y pureza de composicion y de exposicion, cualidades que agradan aún cuando las ideas sean falsas y revelen mediocridad ó ignorancia, porque la belleza es constantemente su ídolo, y está siempre reproducida con la perfeccion que se requería en obras destinadas á un corto número de personas, lo selecto de la nacion, que de sus esclavos y clientes exigían á la par que las estatuas más hermosas, los más perfectos escritos. El diverso destino á que está dedicada la literatura moderna, ha hecho que se cuide ménos de la forma, privándonos de aquella union del arte y de la sencillez, en que no tuvieron iguales los antiguos; pero la razon modera cada pasaje, aclara toda confusion, coordina las ideas, no permite que se divague; y arreglándolo todo con método y recto juicio, produce una austera precision, una límpida claridad, y un progreso continuo hácia el objeto. En la edad media se habia perdido la correccion antigua, sin haberse adquirido aún la razon moderna: era una transicion destituida de arte y de forma, una lengua indeterminada, ingenios no ejercitados. Pero para que una literatura adquiriera carácter propio y nacional, se necesita que la tradicion y la poesía hayan precedido en ella á la historia y á la crítica. Ahora bien, en la edad media hubo, más abundancia crea-

dora de fantasía, que en ninguna nacion moderna, sin exceptuar á la Inglaterra, y hubo también profundidad de sentimiento, y el genio inventor, tan superior al talento que perfecciona; por lo cual, el que reflexione bien en ello, encontrará que las obras modernas más estimadas y originales, nacieron en la edad media, ó recibieron de ella su inspiracion (1).

Sin embargo, la cultura de la fantasía estaba separada de la del entendimiento. Encontrábanse frente á frente dos literaturas, una de tradiciones y reminiscencias, que se empeñaba en revestir las ideas nuevas de palabras anticuadas, esfuerzo en que es imposible ocultar el trabajo; tanto que muchos ingenios poéticos conocían cuánta locura era separar el habla de las ideas, la composicion erudita de la inteligencia popular, pero no podían recurrir á los idiomas vivos porque no estaban suavizados aún por el uso, y los sabios, en su preocupacion los repudiaban; sucediéndoles lo que á un estatuario colocado en un país donde le faltasen al mismo tiempo modelos, materiales y encargos (2).

(1) Dante, Santo Tomas, Tomas de Kempis, Ariosto, Tasso, Shakspeare, Calderon...

(2) Policarpo Leyser, profesor de poética en la academia de Helmstadt, publicó la *Historia poetarum medii et poematum medii aevi decem, post annum a nato Christo CCC seculorum*. Halæ Magdeb., 1721, indica una disertacion suya *De ficta medii aevi barbarie*, que no he leído; pero en la obra anterior tacha de ignorante temeridad á los que, *quia nesciunt, negant existisse viros eo tempore eruditione insignes*. Sin embargo, no habla sino de poetas latinos, lo propio que Car. Dufresne, *Index scriptorum medii et infimæ latinæ literaturæ*, y Fabricio, *Bibliotheca latina medii et infimæ latinæ literaturæ*.

Berington, *Literary history of the middle age*, y Guinguené, *Hist. de la littérature italienne*, conservan muchas preocupaciones de escuela. Guizot, en la *Hist. de la civilization en France*, y Villemain, en el *Tableau de la littérature du moyen âge*, hicieron conocer desde sus cátedras las bellezas y el mérito de los escritores de la edad media.

Pueden consultarse además Eichhorn, *Allgemeine Gesch. der Cultur und Literatur*, t. II; y los historiadores de la filosofía y de las ciencias, Andres, Motucla y Tiraboschi; Thompson respecto á la química, Delambre á la astronomía, Bouterwerk, Kartsner, Libri á las matemáticas, etc.

Citarémos también á Th. Wright, *Ensayo sobre el*



Guardaban, pues, silencio los mejores, ó se amenguaban; y la parte más elevada de la literatura permanecía en el dominio de los talentos medianos, que se contentaban con ejecutar, valiéndose de instrumentos débiles, obras que no satisfacían ni al gusto ni á la razon. No obstante, si podemos vencer la repugnancia que nos causa la forma, ¡cuánta vida moral é intelectual descubrirémos en ellas! ¡cuánta riqueza! ¡cuánta originalidad! Las letras conocieron entonces, más que nunca, su sublime mision, no alimentándose de frivolidades, ni buscando el deleite pasajero de los oídos, sino adhiriéndose á la práctica y á los supremos intereses de la humanidad. Las santas Escrituras fueron el fundamento de todos los estudios, como que ningun otro libro se hallaba más generalizado; y por más que en el día nos fastidie el verlos insistir de mil maneras en el mismo trabajo, ganó mucho el entendimiento humano con que, en vez de tener cada nacion un libro particular elemental, ocupase éste exclusivamente talentos tan diversos, y fuese considerado como el colmo de los acontecimientos terrenales, refrenando así la impaciencia que arrastra á edificar sin haber echado aún los cimientos. El latin sirvió de vehículo entre los pueblos, ántes de que las lenguas modernas se arreglasen y conociesen mutuamente; y con doble actividad, miéntras unos se entregaron á las doctrinas clásicas, otros trataron de hacer algo nuevo; de modo que, en lugar de deplorar el olvido de la antigüedad, pudiera más bien lamentarse que el respeto hácia ella indujese á mirar con desden los ensayos originales y los monumentos patrios; como en las bellas artes la sublime majestad de la catedral gótica fué desfigurada por la imitacion del templo pagano.

Se desprecian las historias que entonces se escribían, calificándolas de *malas crónicas mo-*

*estado de la literatura y de las ciencias en Inglaterra, en el periodo anglosajon*. Londres, 1839 (en ingles).

Harris, *Hist. littéraire du moyen âge*.

J. J. Ampère, *Hist. littéraire de la France avant le XII siècle*. Paris 1840, t. III.

Hoy día se buscan con ardor los monumentos de la literatura original de los tiempos medios y de los pueblos llamados bárbaros.

*nacales*; pero al paso que hemos confesado ántes sus defectos, debemos también decir que algunos de sus autores eran príncipes, como Alfonso de España y Oton de Frisinga, tío de Federico Barbaroja; otros hombres que habian tomado parte en los negocios, como Casiodoro, Beda y Luitprando, y casi siempre las personas más cultas de su tiempo. Si extienden poco la vista, ¿por ventura el usar un telescopio toscó y campo limitadísimo privó á Galileo y á Scheiner de realizar maravillosos descubrimientos en el cielo? Por otra parte, ¿no es costumbre echar en cara al clero y á los monjes su continua intrusion en los acontecimientos mundanos? ¿Por qué, pues, se olvida esta acusacion cuando se quiere imputarles que narraban lo que no conocían? Aun cuando sus relatos hayan sido hechos en el interior de los monasterios, parecen dictados por personas que, desde el puerto, juzgan mejor la posicion de los que luchan en alta mar con el furor de las olas; y en la exposicion muestran, si no agudeza y grandes miras, por lo ménos un sentimiento de justicia, que no se encuentra en los clásicos, á los cuales (es verdad) tampoco ceden á veces en fábulas y en absurdas creencias. Cuando al recorrerlos se despoja uno de las prevenciones escolásticas, agradan, pues aunque toscos, siempre se descubre en ellos al hombre; y se les lee con gusto, como si se tratase de una conversacion tenida con ancianos honrados y llenos de recuerdos, al paso que fastidia la pretension de los escritores pedantes, aunque se hallen adornados de un nombre ilustre.

Entre tanto la poesía, á pesar de separar demasiado los dos elementos indivisibles de la tradicion y la inspiracion, cantaba la patria, la fe y las acciones generosas. El genio sofisticó, más combatido en otro tiempo por Sócrates y Séneca, renació en las escuelas; pero la filosofía no se detuvo en disputas ociosas, sino que dirigió sus meditaciones á la sociedad y á la mejora del hombre, para enseñarle lo que debía creer y hacer, abordando los problemas más espinosos con la libertad de que disfrutó el que sigue un camino no señalado aún por huellas que impongan una deferencia servil. Miéntras que hasta hace poco se juraba por las mezqui-